

LA TRIBUNITA

Diario noticioso de la tarde

ESTE DIARIO ES PROPIEDAD DE DON JOSÉ C. RUSTAMANTE

REDACCION Y OFICINA: Calle del 25 de Mayo N 67.
NOTICIAS Y AVISOS hasta las 2 de la tarde.

LA TRIBUNITA

MONTEVIDEO, octubre 19 de 1866

Benito Juárez

PRESIDENTE DE MEXICO

Continuación

Juárez se separa del mando como hemos dicho en agosto de 1855 y se retiró a la vida privada con el solo empleo de director del instituto de ciencias. Inmediatamente abre su despacho y comienza a vivir de la abogacía, tan pobre entonces, tan sencillo y tan honrado, como

A cinco años antes había entrado a desempeñar el puesto más aminorado del Estado. Pocos meses pudo disfrutar de esta tranquilidad.

La revolución llamada del plan de Guadalupe triunfa en enero de 1853 en la capital de la república y en febrero triunfa también en Oajaca, en abril llega a México el general Santa Ana llamado por la revolución, y a pocos días manda sacar de su casa a Juárez. Era el 30 de mayo de 1853, Juárez se encontraba en Etla, población a cuatro leguas de Oajaca, en el camino para la capital, precisamente alejándose como abogado en el juzgado de aquella villa; y sin permitirle ni aun despidirse de su familia, se le lleva preso hasta Puebla, de donde sale por fin confinado a Jalapa. Pocos meses después se le manda trasladar a Huamantla; luego a Puebla de paso, y al día siguiente por la noche el hijo mismo de Santa Ana (José) lo saca de una visita en que estaba, lo mete en un coche y sin consentirle llevar su equipaje ni dinero alguno, lo hacen caminar setenta leguas sin comunicar con nadie, hasta apearse del coche en el molle de Veracruz.

Se le transporta a un sucio calabozo del castillo de Ulón, y tres o cuatro días después lo embarcan en el buque "Paquete Inglés", sin pagarlo su pasaje, sin haberle permitido proporcionarse los recursos indispensables para hacer un viaje indefinido fuera de su patria.

Pero algunos amigos suyos no lo olvidan, y encuentran a bordo recursos, que aunque escasos, le permiten hacer su viaje a la Habana, de donde pasa después a Nueva Orleans. Allí vive con los pocos recur-

tos que su esposa le puede remitir, empujando sus bienes patrimoniales. Permanece Juárez en Nueva Orleans hasta julio de 1855, en que se embarca, a través del Istmo de Panamá, desembarca en Acapulco y se incorpora al general Álvarez, que mandaba en jefe las tropas que sostenían el plan de Ayutla contra Santa Ana. En agosto siguiente triunfa la revolución completamente, huyendo al extranjero Santa Ana; y el 4 de octubre fué declarada en Cuernavaca el general Álvarez presidente de la república, el que nombra inmediatamente a su ministro de justicia y negocios eclesiásticos a Juárez.

La revolución de Ayutla había tomado en toda la república un carácter eminentemente reformista, porque mas que nunca el clero se había esforzado en sostener la dictadura aborrecida de Santa Ana. El sentimiento de la nación era general bajo este aspecto, pero aun triunfante la revolución se encontraba frente a frente con un ejército que, aunque en desconcierto por el abandono en que lo había dejado su caudillo, era demasiado terrible para que el partido liberal pudiese estar tranquilo, principalmente cuando en el mismo gabinete encontraba obstáculos en el general Comonfort, que era el principal hombre de acción, y de prestigio que había sostenido el plan de Ayutla. Comonfort, moderado por opiniones políticas y por carácter, era una rémora para el desarrollo del programa del partido liberal.

Desde la formación de ese gabinete se comprendió que era imposible su subsistencia por mucho tiempo, pues que estaba formado de elementos demasiado heterogéneos, y a la avanzada edad del benemérito general Álvarez, era imposible que tuviese la suficiente energía para decidirse entre las poderosas y opuestas influencias de Comonfort y Juárez, de Ocampo y Lafragua; Comonfort quería conservar el ejército con modificaciones a su manera; Juárez y Ocampo querían al ejército; Juárez y Ocampo querían el gobierno del pueblo por el pueblo. En tales circunstancias era imposible sacar ninguna medida favorable al partido liberal, sin usar de alguna estratagema. Lo comprendió así

Juárez, y aprovechó los momentos en que Comonfort se separó dos o tres días de la capital para obtener de Álvarez que firmara la célebre ley de administración de justicia de 22 de noviembre, que es conocida por la ley Juárez. Si bien esta ley contenía reformas notables en la administración de justicia, no llamó la atención por esto, sino porque suprimía los tribunales y fueros privilegiados y especiales del clero y del ejército. Era un golpe terrible para el partido retrógrado, que siempre había vivido apoyado en estos dos colosos, los que quedaban desarmados hasta cierto punto, quitándoseles la égida tras de la cual se parapetaban para sustraerse a la justicia de la nación. La ley fué aplaudida por una inmensa mayoría de la república, pero al mismo tiempo jurada su destrucción por el partido conservador. Comonfort disgustado con la ley y con su autor, hizo lo que acostumbra en forma una transacción con los enemigos del gobierno, y aprovechó, si no es que promovió, varios motines militares que estallaron al promulgarse la ley, e hizo firmar a Álvarez la renuncia del alto puesto que ocupaba y el nombramiento de presidente sustituto de la nación en favor del mismo Comonfort. La ley de justicia, sin embargo, subsistió, tanto porque de pronto no se atrevió a derogarla, cuanto porque el Congreso constituyente le dió a poco su sanción unánime.

Naturalmente Juárez quedó separado del ministerio de justicia; lo nombró Comonfort gobernador del Estado de Oajaca, y él emprendió su marcha violentamente, porque aquella capital estaba siendo en esos momentos teatro de frecuentes motines militares; pero al llegar lo encuentra ya todo tranquilo y se dedica a restablecer la administración pública.

Esta segunda administración de Juárez en Oajaca fué tanto o mas benéfica que la primera. Ensancha mucho mas la aplicación del sistema democrático en el Estado; reforma, mejorando la instrucción pública, volviendo a levantar el instituto de ciencias, aniquilado por Santa Ana. Influye poderosamente en la legislación constituyente y esta desarrolla en la Constitución particular, el sistema municipal de un modo bastante amplio, y

establece el sufragio directo de todos los ciudadanos para la elección de gobernador. Se reorganiza la hacienda y la administración de justicia; se sancionan los códigos civil y criminal del Estado, y cuando el orden público se altera por dos veces, Juárez lo restablece con energía y valor en Ixcapa y con tino y prudencia en Tehuantepec.

En setiembre de 1857 lo elige el Estado su gobernador constitucional por 112,000 votos directos, y la república entera presidente de la Suprema Corte de Justicia de la nación por una gran mayoría de votos. En octubre siguiente la opinión pública y toda la prensa liberal obligan a Comonfort a llamarlo a desempeñar la cátedra de gobernación; en noviembre toma posesión del puesto, y a poco se presenta al Congreso a pedirle facultades extraordinarias para el ejecutivo. Ni antes ni entonces había tenido el partido liberal confianza en el liberalismo de Comonfort; pero mucho menos entonces que ya se anunciaba y aun se tenía por cierto que daría el golpe de Estado. Esto hizo que encontrase el proyecto de facultades extraordinarias una tanaz oposición en el Congreso, y que se dijese en plena discusión pública, que se concedían por sola la confianza que inspiraba la presencia de Juárez en el gabinete.

Razon tenían por cierto los diputados en desconfiar, puesto que el general Zuñiga, amigo personal de Comonfort, se había por el clero y con anuencia de este, pronunciado contra el gobierno el 17 de diciembre. Comonfort aparece nombrado jefe de motín. Juárez ocurre al palacio nacional, en el momento que tuvo noticia del pronunciamiento, para aconsejar a Comonfort que no lo acepte, y cumplir hasta el último momento con sus deberes de ministro. Comonfort, que estaba de antemano dispuesto a aceptar el pronunciamiento como lo hizo dos días después, manda prender a Juárez y lo tiene preso e incommunicado en el palacio y disuelve el Congreso. Después de haber puesto todos los elementos del gobierno del lado de los insurrectos, y haber traicionado a sus juramentos y a sus deberes, se vio Comonfort a su vez desconocido por los amotinados, que tampoco tenían confianza en él. Era ya demasiado tarde para volver sobre sus pasos.

FOLLETIN.

LA ALQUERIA

Después de un tiempo, o sea, cuando el invierno se estableció en la ciudad, los habitantes se reunieron en la alquería.

SAN MARTIN

POR MAD. A. ACHARD.

Bien sabes, querido Pedro, cuánto te amo; me tienes a un secreto en tu corazón. ¿Por qué no lo depositas en mi pecho? ¿Qué puedes temer? No sé yo, acaso, que la mujer a quien hayas elegido será digna de tu amor? Nómbrala, y al momento voy a abrazarla como te abrazo a ti.

Cuando sea tiempo, yo te diré su nombre, pero no ahora. Verás, ¿no es digno de ti, lo cual es su mayor orgullo, pero hasta ahora que te lo presente, no me preguntas, porque me sería imposible contestar.

penas las nieblas, húmedas que al desaparecer dejan brillantes perlas en cada una de las yerbas. Las primeras nieves de diciembre blanqueaban las colinas do donde cantaban los mirlos. Separados por campañas solitarias, Pedro y Margarita se buscaban sin embargo, y los buscadores cuando volvían por las tardes con sus rojas redes, al hombro, veían los zombros pasar por la bruma, y desaparecer en las sinuosidades de la playa. Margarita no había tenido valor de ejecutar su proyecto; no se atrevía a hablar de separación, pero su corazón padecía mucho al mismo tiempo que se entregaba a los castos ensueños de su amor.

Con el invierno, volvieron los trabajos pesados. Antonio iba a cortar fijos de leña a los bosques, y los llevaba a vender a las vecinas aldeas y a los calderos; en los días húmedos se encargaba de custodiar los rebños que algún pastor enfermó lo encomendaba. Margarita iba de casero en casero a ofrecer la leche y manteca que producían sus cabras, y ambos se reunían por la noche en el rincón del hogar en que resplandecía la luz de un fuego alimentado con ramos resinosos, bajo la boveda oscura de San Miguel.

Algun mal desconocido parece destruir la robusta constitución de Antonio: una tos seca fatigaba su pecho, que dejaba a propósito descubiertos, espuestos a las nieblas y a los vientos, los huesos de su espalda.

lirias del amanecer: sus anchas espaldas se habían encorvado, y bajo la sombría expresión de sus miradas, se veía brillar un fuego calenturiento. Su hijo lo había sorprendido varias veces hacer el oscurer, en las horas que el sol se escondía en el mar umbroso, hablando en voz baja, yagitando convulsamente las manos: callaba apenas la veía, pero por la noche lo oía levantarse de su lecho, y salir de la gruta: entonces, y cuando tenía valor para seguirlo, temblorosa y contenta en su aliento, lo veía marchando a tientas en la oscuridad, arrastrar sus yirras con sus trémulos brazos, y caer desalentado, sobre la arena, dando gritos roncuz y pronunciando palabras ininteligibles.

Asustada la pobre Margarita esperaba ansiosa la luz del día, sin que lograrse el sueño, cerrar sus párpados, y al día siguiente se encontraba Pedro verla tan pálida y desconsolada. Uno de los últimos días del mes de enero, Antonio había ido a recoger un rebano a un casero entre Aphaño y Roquefort. Margarita lo acompañaba, hacia algún tiempo que lo seguía por todas partes, temiendo que por hallarse tan débil, le ocurriese algún mal.

Durante todo el día había soplado un fuerte viento Sur, y se habían acumulado grandes neblinas, sus anchas espaldas se habían encorvado, y bajo la sombría expresión de sus miradas, se veía brillar un fuego calenturiento. Su hijo lo había sorprendido varias veces hacer el oscurer, en las horas que el sol se escondía en el mar umbroso, hablando en voz baja, yagitando convulsamente las manos: callaba apenas la veía, pero por la noche lo oía levantarse de su lecho, y salir de la gruta: entonces, y cuando tenía valor para seguirlo, temblorosa y contenta en su aliento, lo veía marchando a tientas en la oscuridad, arrastrar sus yirras con sus trémulos brazos, y caer desalentado, sobre la arena, dando gritos roncuz y pronunciando palabras ininteligibles.

nado grandes hubos en el firmamento, en el cual aun se veían algunos trozos del azul del cielo, que brillaban como pliegues brillantes en los vapores estendidos por la atmósfera.

Ya era tarde, cuando se pusieron en camino para volver a San Miguel. Antes que hubieran andado la tercera parte del trecho que los separaba de la gruta, ya se habían esparcido las sombras sobre las campiñas; el ruido de la tempestad que corría en alas del viento, llenaba el espacio; los pinos tocaban el suelo y lo barrían con sus desmelonadas ramas; pronto mojaron algunas gotas de agua el sombrero de Margarita, que caminaba junto a su padre, y luego desapareció la última estrella bajo un manto de nubes.

Una noche profunda cubrió las campiñas, y en medio de las tinieblas, no se veían mas puntos luminosos que los reflejos de los hornos de cal de paramados por la pendiente de los collados. Antonio y Margarita conorían muy bien los mas estrechos senderos. Ambos seguían a paso precipitado, mudos los dos, pero cuando la noche se hizo mas sombría, se perdieron, sin saber hacia donde se dirigían, continuaron pisando los brezos y matorrales mojados por la lluvia.

¡OJO!

[illegible]